

Estás mirando un reloj. Tiene manecillas y unas figuras dispuestas en círculo. Las manecillas se mueven. No podrías decir si lo hacen coordinadamente o si una se mueve más rápido que la otra. ¿Qué significa eso? Que hay una relación entre las manecillas y el círculo de figuras, y el nombre de esa relación lo tienes en la punta de la lengua; las manecillas son... algo-u-otra-cosa con relación a las figuras. ¿O lo son las figuras con relación a las manos? ¿Qué significa eso? Son figuras (tu vocabulario no ha disminuido en absoluto), y, por supuesto, puedes contar uno, dos, tres, cuatro, etc., pero el problema está en que no puedes decir cuál es cuál. Cada una es una: ella misma. ¿Dónde comienzas? Si cada una es una no hay..., ¿cuál es la palabra? La tenía hace un instante... «algunidad» entre ellas. No hay un entre. Sólo hay aquí y aquí, una y una, no hay allí. Maya ha caído. Todo es aquí, ahora y uno. Pero si todo es aquí, ahora y uno, no hay fin. No ha comenzado, por lo tanto, no puede terminar. Dios mío, sácame de aquí, ahora Uno...

Estoy intentando describir las sensaciones de una persona normal en un vuelo NAFAL. Para algunos puede ser aún mucho peor, aquellos cuyo sentido del tiempo es agudo. Para otros es relajante, como una droga que liberase la mente de la tiranía de las horas. Y para unos pocos la experiencia es auténticamente mística. El colapso de tiempo y relación les lleva directamente a la intuición de lo eterno. Pero el místico es una rara avis, y lo más cerca que está la gente de alcanzar a Dios en el tiempo paradójico es mediante una oración inarticulada y angustiada en petición de descanso.

Acostumbran a drogar a la gente en los saltos largos, pero dejaron de hacerlo cuando se dieron cuenta de los efectos. Lo que puede sucederle a un drogado, a un enfermo o a un herido durante un vuelo que transcurre casi a la velocidad de la luz es, por supuesto, imposible de determinar. Un salto de diez años luz no tendría que suponer ninguna diferencia, lógicamente, para un enfermo de sarampión o un herido de bala. El cuerpo no envejece más que unos minutos. ¿Por qué se saca al paciente de sarampión fuera de la nave al final del viaje hecho un leproso en tanto que el herido sale cadáver? Nadie lo sabe, excepto tal vez el cuerpo, que mantiene la lógica de la carne y sabe que ha estado enfermo, sangrando o drogado en una inconsciencia de diez años. Después de que muchos enloquecieran y de que se estableciera como un hecho el Efecto Fisher King, dejaron de utilizar drogas y de transportar enfermos, heridos y embarazadas. Hay que tener una salud normal para un viaje NAFAL.

Pero no se ha de estar cuerdo.

Fue durante las primeras décadas de la Liga cuando los terrestres, tal vez en un intento de mantener en alto su apaleado ego colectivo, lanzaron naves que realizarían viajes enormemente largos, mucho más allá de las estrellas. Buscaban mundos que no hubieran sido colonizados ni explotados, como lo habían sido todos los mundos conocidos, por los Founders on Hain, mundos auténticamente extraños; y todas las tripulaciones de aquellas naves de investigación estaban trastornadas. ¿Quiénes si no hubieran salido a recoger información que no sería recibida sino al cabo de cuatro, cinco o seis siglos? ¿Y recibida por quién? Esto era antes de que se inventara el comunicador instantáneo; quedarían aislados tanto en el espacio como en el tiempo. Ninguna persona en su sano juicio que hubiera experimentado el deslizamiento del tiempo, aunque sólo hubiera sido durante unas pocas décadas y entre mundos cercanos, se ofrecería voluntaria para un viaje de medio milenio. Los investigadores eran escapistas; inadaptados; introvertidos.

Diez de ellos subieron a bordo del transbordador en Smeming Port, en Pesm, e hicieron diversos e ineficaces intentos de conocerse durante los tres días que tardaba el transbordador en alcanzar su nave, Gum. Gum es un apodo lowcetiano, que quiere decir, más o menos, nene o animalito casero. En el equipo había un lowcetiano, un hairycetiano, dos hainisianos y cinco terrestres; la nave era de construcción cetiana, pero fletada por el Gobierno de la Tierra. Su tripulación subió a bordo a través de un tubo, uno a uno, como aprensivos espermatozoides que fueran a fertilizar el universo. El transbordador se fue y el Gum comenzó su viaje. Voló durante algunas horas por el borde del espacio a unos pocos cientos de millones de kilómetros de Pesm y luego, bruscamente, desapareció.

Cuando al cabo de diez horas y veintinueve minutos, o sea, 256 años, Gum reapareció en el espacio normal, se contaba con que estuviera en las cercanías de la Estrella KG-E-96651. Con toda seguridad habría también una adorable estrella de luz dorada. Y en algún lugar, dentro de una esfera de cuatrocientos millones de kilómetros, habría también un planeta verde, Mundo 4470, como indicó un cartógrafo hacía bastante tiempo. Lo que tenía que hacer la nave era buscar el planeta. No era tan fácil como parecía. En el espacio planetario, la Gum no podría ir a una velocidad cercana a la de la luz; si lo hiciera, tanto ella como la Estrella KG-E-96651 y el Mundo 4470 podían acabar explotando. Tendría que viajar utilizando cohetes a propulsión, a unos pocos cientos de miles de kilómetros por hora. El Navegante Matemático Asnanifoil sabía muy bien dónde tendría que estar el planeta y calculaba que lo alcanzarían en diez días-E. Entretanto, los miembros del equipo de Investigación podrían conocerse aún mejor.

—No puedo soportarle —decía Porlock, el Científico Duro (químico, físico, astrónomo, geólogo, etc.), mientras su bigote se iba cubriendo de pequeñas gotas de saliva—. Ese hombre está loco. No logro entender por qué se le permitió ser miembro de este equipo, a menos que se trate de un experimento deliberado de incompatibilidad,

planeado por la Autoridad, utilizándonos a nosotros como cobayos.

—Nosotros utilizamos, generalmente, hámsters —dijo Mannon, el Científico Blando (psicología, además de psiquiatría, antropología, ecología, etc.), cortésmente; era uno de los hombres de Hainish—, en lugar de cobayos. En fin, ya sabes que Osden es verdaderamente un caso muy raro. De hecho, es el primer caso de completa curación del síndrome de Render, una variedad de autismo infantil que se pensaba era incurable. El gran analista terrestre Hammergeld sostenía que la causa de la condición autista se debía, en su caso, a una capacidad empática supernormal, y desarrolló el tratamiento apropiado. Osden fue el primer paciente que siguió ese tratamiento, y de hecho estuvo viviendo con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia fue un éxito total.

—¿Un éxito?

—Pues sí, claro. Él ya no es autista.

—¡No; ahora es intolerable!

—Bueno, mira —dijo Mannon, mirando con aprensión las gotas de saliva del bigote de Porlock—, la reacción defensiva-agresiva normal que se establece cuando dos extraños se encuentran (como, por ejemplo, Osden y tú) es algo de lo que apenas se es consciente; costumbres, maneras, falta de atención, es algo que se pasa por alto; tú has aprendido a ignorarlo, hasta el punto de que incluso negarías que existe. Sin embargo, Osden, que es un empático, lo siente. Siente sus sentimientos y los tuyos, y le es difícil decir cuál es de cuál. Digamos que existe un elemento normal de hostilidad hacia cualquier extraño en la reacción emocional de ti hacia él cuando os encontráis, además de un espontáneo sentimiento de desagrado hacia su aspecto, o sus ropas o la forma de dar la mano..., o cualquier cosa por el estilo. Él siente este desagrado. Como se le ha hecho olvidar su defensa autística, lo resuelve con un mecanismo agresivo-defensivo, en respuesta al tipo de agresión que tú proyectas sin proponértelo sobre él. —Mannon siguió explicando cosas así durante largo rato.

—No hay nada que justifique que nadie sea un bastardo como él —dijo Porlock.

—¿Y no puede ignorarnos? —preguntó Harfex, el biólogo, otro hainishiano.

—Sucede como con la acción de escuchar —respondió Olleroo, ayudante del Científico Duro, dejando de pintarse las uñas con laca fluorescente—. Nadie tiene párpados en las orejas. Nadie puede desconectarse de la empatía. Él oye nuestros sentimientos, quiéralo o no.

—¿Sabe lo que estamos pensando? —preguntó Eskwana, el Ingeniero, mirando a los demás con horror.

—No —le contestó Porlock—. ¡La empatía no es telepatía! Nadie ha llegado a ser telépata.

—Hasta el momento —puntualizó Mannon con su sonrisita—. Poco antes de dejar yo Hain llegó un informe muy interesante de uno de los mundos recientemente descubiertos. Un tal Rocannon informa de algo que podría ser una técnica telepática susceptible de ser aprendida existente entre una raza de homínidos mutantes; yo sólo vi una sinopsis en el boletín del HILF, pero... —Y continuó hablando. Los demás habían aprendido que podían hablar mientras Mannon lo hacía; a él no parecía importarle, aunque se perdiera la mayor parte de su disertación.

—Entonces ¿por qué nos odia? —preguntó Eskwana.

—Nadie te odia a ti, querido —dijo Olleroo, pintándole una uña a Eskwana con su laca fluorescente. El Ingeniero enrojeció y sonrió vagamente.

—Actúa como si nos odiase —dijo Haito, la Coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado, de pura ascendencia asiática, con una voz sorprendentemente ronca, profunda y suave—. Si sufre con nuestra hostilidad, ¿por qué la incrementa con ataques e insultos constantes? No puedo decir que confíe mucho en la cura del doctor Hammergeld, Mannon; el autismo sería preferible...

Se detuvo. Osden acababa de entrar en la cabina principal.

Parecía que le habían despellejado. Tenía la piel extrañamente blanca y fina; sus venas destacaban como un mapa de carreteras en rojo y azul. Su manzana de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y los ligamentos de sus muñecas y manos, todo se le apreciaba tan claramente como si estuvieran hechos para una lección de anatomía. El cabello tenía una tonalidad herrumbrosa pálida, como la sangre muy seca. Tenía ojeras y las pestañas sólo se le veían bajo cierta luz. Lo que más se le notaba eran los pómulos, los párpados surcados por las venas y los ojos sin color. No tenía los ojos rojos porque no era albino, pero tampoco eran azules o grises; los colores habían desaparecido de los ojos de Osden, dejando en ellos una claridad fría como de agua, infinitamente penetrable. Nunca miraba directamente a nadie. Su cara carecía de expresión, como un dibujo de anatomía, o como si estuviera desollado.

—Estoy de acuerdo —dijo con una voz alta y áspera de tenor— en que incluso el autismo sería preferible a esta niebla de emociones ordinarias y de mal gusto con la que me rodeáis. ¿Por qué estabas diciendo ahora que me odias, Porlock? ¿No puedes mirarme? Continúa con las prácticas de autoerotismo en la forma en que lo estabas haciendo la pasada noche, eso te hará bien. ¿Quién demonios ha movido mis cintas? No quiero que nadie toque mis cosas.

—Osden —dijo Asnanifoil, el hairy cetiano, con su peculiar voz baja—, ¿por qué eres tan insoportable?

Ander Eskwana bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. La tensión le asustaba. Olleroo miraba con una expresión ausente y sin embargo ansiosa, el eterno espectador.

—¿Y por qué no iba a serlo? —replicó Osden. No miraba a Asnanifoil, y se mantenía físicamente tan alejado de todos ellos como le permitían las dimensiones de la cabina—. Ninguno de vosotros constituye en sí mismo razón alguna para que yo cambie de actitud.

Asnanifoil se encogió de hombros; los cetianos no eran muy inclinados a aceptar lo obvio. Harfex, hombre paciente y reservado, dijo:

—Una razón de peso puede ser que debamos pasar juntos varios años. La vida será mejor para nosotros si...

—¿Acaso no has entendido que no me importáis un comino? —le atajó Osden. Luego tomó sus cintas y salió. Eskwana se había ido repentinamente a dormir. Asnanifoil estaba dibujando figuras en el aire con el dedo y murmurando el Ritual.

—No puede explicarse su presencia en el equipo sino como un complot por parte de la Autoridad terrestre. Acabo de darme cuenta ahora. Esta misión va a fallar —le susurró Harfex a la Coordinadora, echando miradas furtivas sobre su hombro. Porlock tenía los ojos llenos de lágrimas. Ya les había dicho que todos estaban locos, pero pensaron que exageraba.

Sin embargo, tenían razón. Los Investigadores esperaban que sus compañeros de equipo fueran inteligentes, bien preparados, inestables y personalmente simpáticos. Habrían de trabajar juntos en espacios reducidos, y se esperaba que las depresiones, paranoias, manías, fobias y compulsiones de unos y de otros fueran lo suficientemente moderadas como para permitir unas buenas relaciones personales, al menos durante gran parte del tiempo. Osden podía ser inteligente, pero su preparación era escasa y su personalidad desastrosa. No podía exhibir en su favor más que aquel don singular suyo, su poder de empatía; hablando con propiedad, su amplio margen de receptividad bioempática. Este don no era específico; podía captar emociones y percepciones de cualquiera que las sintiera. Podía compartir la sensualidad con un ratón blanco, dolor con un pájaro aplastado y ftofobia con un murciélago. La Autoridad había decidido que sería muy útil en un mundo extraño; sería interesante saber lo que siente alguien cercano y los sentimientos que se tienen hacia esa persona. El título de Osden era nuevo: era el Sensor del equipo.

—¿Qué es emoción, Osden? —le había preguntado un día Haito Tomiko en la cabina,

intentando entrar en contacto con él—. ¿Qué es exactamente lo que captas de nosotros con tu sensibilidad empática?

—Porquería —respondió él en voz alta y exasperada—. Los excrementos psíquicos del reino animal. Estoy vadeando a través de vuestras heces.

—Lo único que intentaba es conocer algunos hechos —dijo ella. Pensó que el tono de su voz había sido admirablemente tranquilo.

—Vosotros no vais tras los hechos. Estáis intentando llegar hasta mí. Con una mezcla de un poco de miedo, un poco de curiosidad y una gran cantidad de desagrado. Como podríais acercaros a un perro muerto o ver los gusanos retorcerse. ¿Queréis comprender de una vez por todas que no quiero que os acerquéis a mí, que deseo estar solo? —Su piel se cubrió de manchas rojas y violeta, mientras elevaba la voz—. ¡Revuélcate en tu propia porquería, perra! —le gritó, mientras ella permanecía en silencio.

—Cálmate —dijo ella, todavía tranquila; pero tuvo que salir y dirigirse a su departamento. Estaba claro que él había acertado sus motivaciones; su pregunta no había sido más que un pretexto, un simple esfuerzo por interesarle. ¿Pero qué había de malo en ello? ¿No implicaba aquello un respeto por el otro? En el mismo instante de formularse aquella pregunta había sentido una poderosa sensación de repulsión hacia él; e incluso casi pena hacia él, hacia aquel pobre bastardo arrogante y emponzoñado, el señor Sin-Piel, como le llamaba Olleroo. Pero ¿con qué esperaba encontrarse comportándose como se comportaba? ¿Amor?

—Supongo que no puede soportar que nadie sienta piedad por él —dijo Olleroo, tumbada, acariciándose el pecho.

—Entonces no podrá establecer ninguna relación humana. Todo lo que su doctor Hammergeld hizo fue sacar al exterior a un autista...

—Pobre desgraciado —dijo Olleroo—. Tomiko, ¿no te importa si Harfex viene un rato esta noche?

—¿No puedes ir tú a su departamento? Estoy harta de ir a sentarme a la cabina principal con ese maldito nabo.

—Le odias, ¿verdad? Me imagino que él lo nota, pero es que anoche dormí también con Harfex y Asnanifoil puede sentirse celoso, ya que ellos comparten la cabina. Aquí sería mejor.

—Pues dales gusto a los dos, entonces —dijo Tomiko con la acritud de la modestia ofendida. Su subcultura terrestre, la del este asiático, era puritana; ella lo había

heredado de casta.

—Me gusta estar solo con uno cada noche —le contestó Olleroo con inocente serenidad. Beldene, el Planeta Jardín, no había descubierto nunca la castidad.

—Entonces inténtalo con Osden —dijo Tomiko. Su inestabilidad personal apenas había sido nunca tan clara como en aquel momento: era un profundo desagrado de sí misma que se manifestaba en forma destructiva. Se había declarado voluntaria para aquel trabajo porque, con toda probabilidad, no serviría para nada hacerlo. La pequeña beldenense levantó la vista, con el pincel de las uñas en la mano y los ojos muy abiertos.

—Tomiko, eso que has dicho es muy desagradable.

—¿Por qué?

—¡Sería una vileza! ¡No me siento atraída por Osden!

—No sabía que eso te importara —dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí que lo sabía. Recogió algunos de sus papeles y salió de la cabina, puntualizando—: Espero que tú y Harfex, o quien sea, acabéis pronto; estoy cansada.

Olleroo se había puesto a llorar. Lo hacía con facilidad. Tomiko no había llorado desde que tenía diez años.

Aquella no era una nave feliz; pero la situación mejoró cuando Asnanifoil y su computadora encontraron el Mundo 4470. Allí estaba, como una joya de un verde oscuro, como algo verdadero en el fondo de un Pozo de gravedad. Mientras miraban cómo crecía el disco de jade, una sensación de comunidad les invadió. El egoísmo de Osden, su premeditada crueldad, les servía ahora para unirlos.

—Tal vez —dijo Mannon— le han enviado para que nos sirva de acicate. Lo que los terrestres llaman víctima propiciatoria. Tal vez su influencia nos sea beneficiosa, después de todo. —Y nadie le contradijo, tan preocupados estaban de no herir los sentimientos de los otros.

Entraron en órbita. No había luces en la parte en que era de noche; sobre los continentes no había ninguna de esas líneas y montones que hacen los animales que construyen.

—No hay hombres —murmuró Harfex.

—Claro que no —le espetó Osden, que tenía una pantalla para él solo y la cabeza dentro de una bolsa de politeno. Sostenía que el plástico cortaba el sonido empático

que recibía de los demás—. Estamos a dos siglos luz del límite de la Expansión hainishiana, y fuera de él no hay hombres. Y, además, ¿crees que la Creación hubiera podido cometer el mismo error absurdo dos veces?

Ninguno le prestaba demasiada atención; miraban con cariño aquella inmensidad de jade que discurría bajo ellos, donde había vida, aunque no humana. Entre los hombres siempre existían problemas, y lo que veían no era desolación sino paz. Incluso Osden no parecía tan inexpresivo como de costumbre; estaba temblando.

Descendieron sobre el mar; reconocieron el aire; aterrizaron. Una llanura de algo parecido a la hierba, verde y grueso, rodeaba la nave, rozaba las cámaras extensibles, manchando las lentes de un fino polen.

—Parece una pura fitosfera —dijo Harfex—. Osden, ¿captas algún sentimiento?

Todos se volvieron hacia el Sensor. Había dejado la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No respondió. Rara vez respondía a las preguntas.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar resultaba totalmente inconcebible para esos equipos de Científicos Locos; su cadena de mando descansaba en cierto modo entre el procedimiento parlamentario y la orden informal, y hubieran ignorado totalmente las decisiones de cualquier oficial de servicio. Sin embargo, por una inescrutable decisión de la Autoridad, la doctora Haito Tomiko había recibido el título de Coordinador, y ahora ejercía su prerrogativa por primera vez.

—Señor Sensor Osden —dijo—, por favor, conteste al señor Harfex.

—¿Cómo podría «captar» ninguna sensación del exterior —dijo Osden sin volverse— con las emociones de nueve homínidos neuróticos pululando a mi alrededor como gusanos en una lata? Cuando tenga algo que decirlos, os lo diré. Soy consciente de mi responsabilidad como Sensor. Pero si persistes en darme órdenes, Coordinador Haito, reconsideraré mi responsabilidad.

—Muy bien, señor Sensor. Confío en que de ahora en adelante las órdenes no sean necesarias. —La voz de toro de Tomiko sonaba tranquila, pero Osden pareció tambalearse de espaldas a ella: como si la ira de la mujer le hubiera golpeado con fuerza física.

Se probó que las previsiones del biólogo eran correctas. Cuando comenzaron a realizar los correspondientes análisis no encontraron animales ni entre los microorganismos. Allí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida que existían eran fotosintetizadoras o saprófagas; vivían de la luz o de los seres muertos, no de la vida. Plantas: infinitas plantas, pero ninguna de las especies conocidas por los visitantes. Infinitas tonalidades de verde, violeta, púrpura, marrón y rojo. Infinitos

silencios. Lo único que se movía era el viento, acariciando las hojas, un viento cálido cargado de esporas y polen, extendiendo el dulce polvo verde pálido por las praderas de enormes hierbas, páramos sin matorrales, bosques sin flores que jamás nadie pisó, que jamás contempló nadie. Un mundo cálido y triste, triste y sereno. Los Investigadores caminaban como excursionistas sobre llanuras soleadas de filicaliformes violeta, hablándose suavemente. Sabían que sus voces rompían un silencio de millones de años, el silencio del viento y las hojas, las hojas y el viento, soplando y cesando de soplar, una y otra vez. Conversaban en voz baja, pero, siendo humanos, no podían evitar conversar.

—Pobre viejo Osden —decía Jenny Chong, biólogo y técnico, mientras pilotaba un helijet sobre el cuadrante polar norte—. Todo ese fantástico mecanismo de alta fidelidad en su cerebro y sin nada que recibir.

—Me comentó que odia las plantas —dijo Olleroo con una risita.

—Supuse que le gustaban, puesto que no le molestan tanto como nosotros.

—Yo no puedo decir lo mismo de esas plantas —dijo Porlock, mirando las ondulaciones purpúreas del bosque circumpolar—. Todas iguales. Sin cambios. Un hombre solo ahí perdería la cabeza.

—Pero todo está vivo —dijo Jenny Chong—. Y Osden odia todo lo que está vivo.

—Él no es realmente tan malo —dijo Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de reojo y preguntó:

—¿No te has acostado nunca con él, Olleroo?

Olleroo se puso a llorar y gritó:

—¡Los terrestres sois unos obscenos!

—No, no lo ha hecho —dijo Jenny Chong, defendiéndola—. ¿Lo has hecho tú, Porlock?

El químico se echó a reír, mientras las correspondientes gotas de saliva aparecían en su bigote.

—Osden no puede soportar que le toquen —dijo Olleroo amargamente—. Una vez le rocé sin querer y me apartó bruscamente, como si yo fuera una cosa... sucia. No somos más que cosas para él.

—Es malo —dijo Porlock, mirando a las dos mujeres—. Acabará destruyendo este

equipo, saboteándolo, de una forma u otra. Recuerda mis palabras. ¡No está hecho para convivir con otras personas!

Aterrizaron en el Polo Norte. Un sol de medianoche caía sobre unas suaves colinas. Hierbas cortas, secas y de un rosa verdoso se extendían en todas direcciones, lo cual equivalía a decir una sola dirección: sur. Subyugados por el increíble silencio, los tres Investigadores cogieron sus instrumentos y recogieron muestras, como tres virus moviéndose en el seno de un gigante inmóvil.

Nadie le pidió a Osden que les acompañara en sus vuelos o sus expediciones fotográficas, y él nunca se ofreció a acompañarles, de modo que apenas abandonaba la base. Introdujo los datos botánicos taxonómicos de Harfex en las computadoras de la nave e hizo de ayudante de Eskwana, cuyo trabajo consistía principalmente en reparaciones y mantenimiento. Eskwana había comenzado a dormir mucho, veinticinco horas o más de las treinta y dos que tenían los días, durmiéndose mientras reparaba una radio o comprobaba los circuitos de un helijet. La Coordinadora se quedó un día en la base para observarle. No había nadie más allí a excepción de Poswet To, que sufría ataques epilépticos; Mannon la había introducido aquel día en un circuito de terapia en estado catatónico preventivo. Tomiko introducía informes en el almacén de datos y vigilaba a Osden y a Eskwana. Pasaron dos horas.

—Deberías utilizar la micro 860 para cerrar esa conexión —dijo Eskwana con su voz suave y vacilante.

—¡Obviamente!

—Lo siento. Pero como vi que tenías ahí la 840...

—Y la colocaré en su lugar cuando saque la 860. Cuando no sepa cómo hacerlo, Ingeniero, pediré tu consejo.

Al cabo de un minuto Tomiko lanzó una mirada a su alrededor. Eskwana estaba dormido, con la cabeza apoyada en la mesa.

—Osden.

El blanco rostro no se volvió, ni habló, pero por la postura del hombre se notaba que estaba escuchando.

—No es posible que no te des cuenta de la vulnerabilidad de Eskwana.

—Yo no soy responsable de sus reacciones psicóticas.

—Pero sí eres responsable de las tuyas. Eskwana es esencial para nuestro trabajo

aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, procura no estar con él.

Osden dejó a un lado sus herramientas y se levantó.

—¡Con placer! —dijo con su voz vengativa—. No podrías imaginar lo que es experimentar los irracionales terrores de Eskwana. ¡Tener que compartir su terrible cobardía, tener que amedrentarse con él ante cualquier cosa!

—¿Estás intentando justificar tu crueldad con él? Creí que tenías más dignidad. —Tomiko se dio cuenta de que estaba temblando de ira—. Si es cierto que tu poder empático te hace compartir la desgracia de Ander, ¿por qué no induce nunca la más ligera compasión por tu parte?

—Compasión —dijo Osden—. Compasión. ¿Qué es lo que sabes tú acerca de la compasión?

Ella le miraba, pero él evitaba su mirada.

—¿Quieres que verbalice tu actual situación emocional con respecto a mí? —preguntó—. Puedo hacerlo de una forma más precisa de lo que podrías tú. Estoy adiestrado para analizar esas respuestas a medida que las recibo. Y las recibo.

—¿Pero cómo puedes esperar que sienta afecto por ti si te comportas como lo estás haciendo?

—¿Y qué importa cómo me comporte, estúpida cerda, acaso piensas que eso significa algo? ¿Crees que la naturaleza humana es un pozo de amor? Para mí no hay más alternativa que ser odiado o ser despreciado. Como no soy ni una mujer ni un cobarde, prefiero ser odiado.

—Carroña. Autocompasión. Todo hombre posee...

—Pero yo no soy un hombre —la atajó Osden—. Ahí estáis todos vosotros. Y aquí estoy yo. Yo soy único.

Desbordada por aquel torrente de solipsismo abismal, ella permaneció en silencio durante unos momentos; luego dijo sin ira ni piedad, cínicamente:

—¿Serías capaz de matarte, Osden?

—Esa sería tu forma de actuar, Haito —dijo él en un tono de burla—. Yo no soy un depresivo y el seppuku no es mi plato favorito. ¿Qué quieres que haga yo aquí?

—Vete. Ahórranos tu presencia. Coge un vehículo aéreo y un administrador de datos y

vete a contar especies. En el bosque; Harfex ni siquiera ha mirado aún los bosques. Elige un área de cien metros cuadrados, nadie entrará en tu radio de acción. Estarás fuera de toda conexión empática. Comunícate todos los días a las ocho y a las veinticuatro en punto.

Osden se fue, y no supieron nada de él durante cinco días, aparte de dos lacónicas señales diarias comunicando que se encontraba bien. El humor de la gente de la base cambió. Eskwana se mantenía despierto dieciocho horas al día. Poswet To sacó su laúd estelar y cantó las armonías celestiales. (La música llevaba a Osden al borde de la locura.) Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko dejaron de tomar tranquilizantes. Porlock destiló no sé qué cosa en su laboratorio y se lo bebió todo entero. Tuvo un desvanecimiento. Asnanifoil y Poswet To mantuvieron una Epifanía Numérica durante toda la noche, esa orgía mística de matemáticas superiores que supone el mayor placer del alma religiosa cetiniana. Olleroo se acostó con todos. El trabajo marchaba bien.

El Científico Duro regresó a la base corriendo, después de haber trabajado con las carnosas y altas graminiiformes.

—Algo... en el bosque... —Se le salían los ojos de las órbitas, jadeaba y le temblaban los dedos y el bigote—. Una cosa grande. Moviéndose, detrás de mí. Yo estaba trabajando cuando vino hacia mí. Era como si nadara entre los árboles. Detrás de mí. —Miraba a los demás con los ojos opacos por el terror o el cansancio.

—Siéntate, Porlock. Tranquilízate. Y ahora, vuelve a contárnoslo. Has visto algo...

—No con claridad. Fue sólo un movimiento. Un... un... No sé lo que puede haber sido. Algo que poseía movimiento propio. Entre los árboles, los arboriformes o como quiera que los llamemos. En el borde del bosque.

Harfex parecía enfadado.

—No hay nada aquí que pueda atacarte, Porlock. No hay ni siquiera microzoos. No puede haber un animal tan grande.

—¿No es posible que vieras caer de repente un epifito, una enredadera que se desplomara detrás de ti?

—No —dijo Porlock—. Se dirigía hacia mí, a través de las ramas, muy rápido. Cuando me volví despegó de nuevo. Hizo un ruido, una especie de chasquido. ¡Si no se trata de un animal, Dios sabe lo que puede haber sido! Era grande, tan grande como un hombre. Me parece que era rojizo. No lo pude ver, no estoy seguro.

—Era Osden —dijo Jenny Chong— haciendo de Tarzán. —Se echó a reír

nerviosamente, y Tomiko reprimió una fuerte carcajada. Pero Harfex no sonreía.

—Uno se encuentra incómodo bajo los arboriformes —dijo con su voz educada, contenida—. Yo me he dado cuenta de ello. Puede que por eso haya dejado de trabajar en los bosques. Existe una cualidad hipnótica en los colores y en los ritmos de ramas y hojas, especialmente las helicoidales; y los generadores de esporas están colocados de una forma tan regular que no parece natural. Subjetivamente hablando, lo encontré casi desagradable. Me pregunto si un fuerte efecto de ese tipo podría producir una alucinación...

Porlock movió la cabeza y se humedeció los labios.

—Estaba allí —dijo—. Había algo, moviéndose con un fin. Intentaba atacarme desde atrás.

Cuando Osden llamó, puntual como siempre, a las veinticuatro en punto aquella noche, Harfex le informó de lo sucedido.

—¿Has captado algo que pueda apoyar la impresión de Porlock de una forma viva y en movimiento en el bosque?

Sssss, dijo la radio sardónicamente.

—No. Mierda —contestó Osden con su desagradable voz.

—Has permanecido en el bosque mucho más tiempo que nosotros —dijo Harfex con su inagotable educación—. ¿Estás de acuerdo con la impresión que yo tengo de que el ambiente del bosque es más bien perturbador y puede tener un efecto alucinógeno sobre las percepciones?

Sssss.

—Estoy de acuerdo en que las percepciones de Porlock se alteran fácilmente. Que se quede en su laboratorio. Allí causará menos problemas. ¿Alguna otra cosa?

—No, por el momento —dijo Harfex, y Osden cortó la comunicación.

Nadie dio crédito a la historia de Porlock, pero tampoco pudo rebatirla nadie. Lo cierto es que algo grande había intentado atacarle por sorpresa. Eso era difícil negarlo, porque estaban en un planeta extraño, y todo el que había entrado en el bosque había sentido un cierto escalofrío bajo los «árboles». («Llamadlos árboles —había dicho Harfex—. En realidad son lo mismo, aunque, naturalmente, diferentes.») Todos estuvieron de acuerdo en que se habían sentido incómodos, o que habían tenido la sensación de que alguien les miraba entre los árboles.

—Tenemos que aclarar esto —dijo Porlock, y pidió voluntarios para internarse en el bosque con él para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron voluntarias si podían ir las dos. Harfex las envió al bosque que estaba cerca de donde habían acampado, una gran extensión que cubría gran parte del Continente D. Les prohibió que llevaran armas blancas. No tendrían que salirse de un semicírculo de cincuenta kilómetros, que incluía el lugar por donde investigaba Osden. Se comunicarían con la base dos veces al día, durante tres días. Porlock informó haber visto de refilón algo que parecía una gran figura semierecta moviéndose a través de los árboles en dirección al río; Olleroo estaba segura de haber oído algo moviéndose cerca de la tienda la segunda noche.

—No hay animales en este planeta —dijo Harfex con terquedad.

Entonces Osden dejó de hacer su llamada matutina.

Tomiko estuvo esperando algo menos de una hora y luego voló con Harfex al área donde había informado estar Osden la noche anterior. Pero cuando el helijet sobrevolaba las impenetrables e ilimitadas extensiones de hojas purpúreas, sintió un pánico desesperante.

—¿Cómo vamos a encontrarle ahí?

—Informó que estaba junto al río. Busquemos el vehículo aéreo, puesto que él debe de estar acampado cerca, y no puede alejarse demasiado de su campamento. Contar especies es un trabajo lento. Ahí está el río.

—Y ahí está el vehículo —dijo Tomiko, captando un brillo ajeno a aquella naturaleza entre los colores y las sombras vegetales—. Por allí debe de estar, entonces.

Descendieron. El mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Cuando sus pies tocaron el suelo del bosque, ella desabrochó la funda de su pistolera; luego, viendo que Harfex estaba desarmado, no sacó la pistola, pero mantuvo su mano sobre ella. No se oía el más mínimo ruido, aunque estaban a unos pocos metros del lento y amarronado río, y la luz era escasa. Grandes troncos de árboles se repartían por la zona con gran regularidad, casi simétrica; unos parecían cubiertos por una fina piel, otros eran sedosos, otros esponjosos, grises, marrón verdoso o marrones, unidos por lianas y festonados con epifitas, ramas parecidas a las de los sauces, rígidas, llenas de hojas oscuras, formando conjuntos de veinte y treinta metros de espesor. El suelo era elástico como un colchón, totalmente cubierto de raíces y de una hierba de hojas pequeñas y carnosas.

—Ahí está su tienda —dijo Tomiko, asustada por el propio sonido de su voz en medio

de aquel silencio. En la tienda estaba el saco de dormir de Osden, un par de libros y una caja de comida. Tomiko pensó que tendrían que llamarle, gritar su nombre, pero no se atrevió siquiera a sugerirlo; tampoco lo hizo Harfex. Dieron una vuelta alrededor de la tienda, cuidando de no perder de vista aquellas inmensas formas, aquellos troncos que se agrupaban junto a ellos. Tomiko encontró el cuerpo de Osden a unos treinta metros de la tienda, al llamarle la atención el brillo de su libro de notas. Estaba tendido boca abajo entre dos enormes raíces de árbol. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, en parte seca, en parte todavía fresca.

Harfex apareció junto a ella, con su pálida piel casi verde bajo aquella luz.

—¿Muerto?

—No. Ha sido golpeado. Por detrás. —Los dedos de Tomiko recorrieron su cráneo ensangrentado, sus sienes—. Con un arma o un utensilio. No logro encontrar fracturas.

Cuando le dio la vuelta, los ojos de Osden se abrieron. Ella le sujetaba, muy cerca de su cara. Los pálidos labios del hombre temblaron. Un miedo mortal invadió a Tomiko. Lanzó dos o tres fuertes gritos, e intentó huir corriendo, tropezando, hacia la terrible espesura. Harfex la alcanzó, y con el efecto de su voz y el contacto de su mano, su miedo fue disminuyendo.

—¿Qué te sucede? ¿Qué te sucede? —le preguntaba él.

—No lo sé —dijo ella, sollozando. Su corazón le latía aún fuertemente y no lograba ver con claridad—. El miedo..., el... Me invadió el pánico. Cuando vi sus ojos.

—Los dos estamos nerviosos. No comprendo esto...

—Ya me encuentro bien. Vamos, tenemos que trasladarle para poder curarle.

Actuando de prisa, llevaron a Osden a la orilla del río y le cubrieron con una manta; colgaba como un saco, retorciéndose un poco sobre el oscuro mar de hojas. Le colocaron en el helijet y despegaron. En un minuto se hallaban en campo abierto. Tomiko cerró su pistolera. Lanzó un profundo suspiro y sus ojos se encontraron con los de Harfex.

—Estaba tan aterrada que casi me desmayo. Nunca había hecho nada semejante.

—Yo también... estaba irracionalmente asustado —dijo el hainishiano, y en efecto parecía tembloroso y envejecido—. No tan mal como tú, pero de forma igualmente irracional.

—Fue cuando entré en contacto con él, al sujetarle. Durante un momento pareció estar consciente.

—¿Empatía...? Espero que pueda decirnos qué fue lo que le atacó.

Osden yacía como un muñeco roto cubierto de sangre y barro mientras salían apresuradamente del bosque.

Hubo más pánico desatado cuando llegaron a la base. La absurda brutalidad del ataque resultaba siniestra y aterradora. Puesto que Harfex había establecido sin lugar a dudas que no existía ninguna posibilidad de vida animal, comenzaron a especular acerca de plantas conscientes, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia latente de Jenny Chong se despertó y ya no pudo hablar más que de los Egos Oscuros que seguían a la gente por la espalda. Olleroo, Porlock y ella habían vuelto a la base; nadie tuvo la idea de salir de nuevo.

Osden había perdido bastante sangre durante las tres o cuatro horas que había permanecido solo, y las graves contusiones le habían puesto en un estado de semicoma. Cuando finalmente volvió en sí y le fue bajando la fiebre, llamó varias veces al «doctor» con voz átona: «Doctor Hammergeld...» Cuando se despertó totalmente, al cabo de dos largos días, Tomiko llamó a Harfex a su departamento.

—Osden, ¿puedes decirnos qué fue lo que te atacó?

Sus pálidos ojos estaban fijos en un punto más allá de la cara de Harfex.

—Fuiste atacado —le dijo Tomiko cariñosamente. Aquella mirada era odiosamente familiar, pero ella era médico, protectora del que sufre—. Puede que no lo recuerdes aún. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

—¡Ah! —gritó, mientras sus ojos centelleaban y sus facciones se contorsionaban—. El bosque..., en el bosque...

—¿Qué sucedió en el bosque?

Tomó aliento. Su cara se iluminó, ya plenamente consciente. Al cabo de un momento, dijo:

—No lo sé.

—¿Viste lo que te atacó? —preguntó Harfex.

—No lo sé.

—Lo recordarás ahora.

—No lo sé.

—Puede que las vidas de todos nosotros dependan de ello. ¡Debes decirnos lo que viste!

—No lo sé —repetía Osden, sollozando débilmente. Estaba demasiado agotado como para ocultar expresamente la respuesta. Allí cerca, Porlock mordía su bigote intentando escuchar lo que se decía en la habitación.

Harfex se inclinó sobre Osden y dijo:

—Vas a decirnos... —Tomiko tuvo que intervenir enérgicamente.

Harfex se controló mediante un doloroso esfuerzo. Salió en silencio y se dirigió a su departamento, donde con toda seguridad se tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los demás hombres y mujeres, repartidos por el gran edificio, que tenía un amplio salón y diez dormitorios, no decían nada, pero parecían deprimidos. Osden, como siempre, los tenía a su merced. Tomiko le miró con un odio que le quemaba en la garganta como si fuera bilis. Su monstruoso autismo se había introducido en las emociones de los demás y su absoluto egoísmo era peor que cualquier deformidad de la carne, por horrible que ésta fuera. Igual que un monstruo congénito, no debería haber vivido. No debería estar vivo. Debería haber muerto. ¿Por qué no le habrían abierto la cabeza?

Mientras tanto, él yacía allí, blanco y sin fuerzas, con las manos caídas a los lados y sus descoloridos ojos muy abiertos. Había lágrimas en ellos. Bruscamente, Tomiko se dirigió hacia él. Él intentó apartarla.

—No —dijo con una voz débil, e intentó levantar las manos para protegerse la cabeza—. ¡No!

Ella se sentó junto a la cama y al cabo de unos instantes puso su mano sobre la del hombre. Él intentó retirarla, pero no tuvo fuerzas.

Se produjo un largo silencio entre ellos.

—Osden —murmuró ella—. Lo siento. Lo siento mucho. Quiero sentir afecto por ti. Permítemelo, Osden. No deseo herirte, escucha, ahora lo comprendo. Fue uno de nosotros. Estoy en lo cierto, ¿verdad? No, no respondas, dime solamente si me equivoco; pero no me equivoco... Cierto que hay animales en este planeta. Diez. No me importa quién ha sido. Eso no tiene importancia. Podría haber sido yo misma, hace un momento solamente. Me he dado cuenta de ello. No comprendo cómo ha sucedido,

Osden. No puedes darte cuenta de lo difícil que resulta para nosotros comprender... Pero escucha. Si hubiera amor, en vez de odio o miedo... ¿Nunca habrá amor?

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puede suceder nunca? ¿Somos tan débiles los seres humanos? Es terrible. No importa, no importa. No te preocupes. Descansa. Al menos ahora no había odio, ¿verdad? Había simpatía, interés, buenos deseos. Lo sentiste, ¿verdad, Osden? ¿Es eso lo que sentiste?

—Entre... otras cosas —dijo de forma casi inaudible.

—Supongo que había ruidos procedentes de mi subconsciente... Escucha, cuando te encontramos en el bosque, cuando intenté darle la vuelta a tu cuerpo, volviste parcialmente en ti y yo sentí horror de ti. Durante un minuto estuve loca de miedo. ¿Fue tu miedo hacia mí lo que yo sentí?

—No.

Su mano estaba todavía sobre la del hombre, y éste se encontraba casi relajado, a punto de dormir, como quien ha tenido un gran dolor y se lo están aliviando.

—El bosque —murmuró; ella apenas podía entenderle—. Miedo.

Ella no continuó presionándole, pero siguió manteniendo su mano sobre la de Osden y se quedó mirándole mientras se dormía. Era consciente de lo que sentía y de lo que, por ello, él debía sentir. Ella confiaba en eso: no hay más que una emoción que pueda reinvertirse totalmente, polarizarse en un momento. En hainishiano existía una palabra para designarlo: ontá, que valía para el odio y para el amor. Ella no estaba, por supuesto, enamorada de Osden. Lo que sentía por él era ontá, odio polarizado. Ella mantenía su mano entre las suyas y la corriente fluía entre ambos, la tremenda electricidad del toque que él siempre había temido. Al quedarse dormido, el anillo de músculos que rodeaban su boca y que parecían un grabado de anatomía, se relajó, y Tomiko vio en su cara lo que ninguno de ellos había visto nunca antes: una sonrisa. Luego desapareció. Él siguió durmiendo.

Mejoró. Al día siguiente ya se sentaba y estaba hambriento. Harfex quería interrogarle, pero Tomiko se lo impidió. Colgó una sábana de polietileno sobre la puerta del cubículo, como muchas veces había hecho el propio Osden.

—¿Es verdad que esto te evita la recepción empática? —le preguntó ella.

Y él le contestó con el tono seco y cauteloso que ambos estaban ahora utilizando:

—No.

—Entonces no es más que una advertencia.

—En parte. Es más bien autosugestión. El doctor Hammergeld pensó que sería eficaz... Puede que lo sea en cierta medida.

Una vez sintió el amor. Un niño aterrorizado, sofocado por las emociones agresivas de los adultos, un niño que se ahogaba, salvado por un hombre. Un hombre que le enseñó a respirar, a vivir. Un hombre que le dio todo, protección y amor. Fue Padre/Madre/Dios.

—¿Vive todavía? —le preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y en la extraña crueldad de los grandes doctores. Quedó sorprendida cuando escuchó una carcajada débil, forzada.

—Murió hace unos dos siglos y medio —respondió Osden—. ¿Olvidas dónde estamos, Coordinadora? Todos hemos dejado a nuestras familias atrás...

Al otro lado de la cortina de politeno los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 se movían lentamente. Sus voces eran ahogadas. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong intentaba disponer las luces de su cubículo de tal manera que no proyectaran ninguna sombra.

—Están todos asustados —dijo Tomiko, asustada—. Están haciéndose mil conjeturas acerca de qué sería lo que te atacó. Una especie de patata-mono, de espinaca gigante, no sé... Incluso Harfex. Puede que tengas razón en no querer contarles la verdad. Este mundo sería peor, porque perderían la confianza entre ellos. Pero ¿por qué somos todos tan débiles, tan incapaces de enfrentarnos con los hechos, y nos desmoronamos con tanta facilidad? ¿Estamos todos realmente locos?

—Pronto lo estaremos más.

—¿Por qué?

—Hay algo.

Cerró la boca y los músculos de sus labios se pusieron rígidos.

—¿Un ente sensible?

—Una sensibilidad.

—¿En el bosque?

Él asintió.

—¿Qué es...?

—El miedo. —De nuevo pareció inquieto—. Cuando caí allí, ya lo sabes, no perdí el conocimiento del todo. O tal vez fui recuperándolo poco a poco. No lo sé. Se parecía más bien a un estado de paralización progresiva.

—Estabas inmovilizado.

—Yo estaba sobre el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara metida en la suciedad, en ese suelo blanduzco. Aquella materia estaba en mis ojos y nariz. No podía moverme. No podía ver nada. Como si estuviera dentro del suelo. Como si estuviera encajado en él, como si formara parte de él. Sabía que me encontraba entre dos árboles pese a que nunca los había visto. Supongo que podía sentir las raíces. Debajo de mí, en el suelo, enterradas en el suelo. Era capaz de darme cuenta de que tenía las manos llenas de sangre y que era la sangre la que ensuciaba mi cara. Sentí el miedo. Fue en aumento. Como si finalmente hubieran sabido que yo estaba allí, yaciendo sobre ellas, bajo ellas, entre ellas, la cosa que ellas temían, y que sin embargo era parte de su miedo. No podía detener el proceso de seguir reenviándoles el miedo y éste seguía aumentando, y yo no podía moverme, no podía echar a correr. Como tampoco ellos.

Tomiko sintió que el miedo erizaba sus cabellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, Osden?

—Ellos, ello..., no lo sé. El miedo.

—¿De qué estaba hablando? —le preguntó Harfex cuando Tomiko le informó de su conversación. Ella todavía no quería que Harfex le interrogase, notando que debía proteger a Osden de la arremetida de las poderosas y superreprimidas emociones del hainishiano. Desgraciadamente, eso fue como combustible arrojado al lento fuego de la ansiedad paranoide que ardía en el pobre Harfex, y creyó que ella y Osden estaban confabulados y que escondían un hecho de gran importancia o peligro para el resto del equipo.

—Es como el ciego que intenta describir un elefante. Osden no ha visto ni oído aquella... aquella cosa sensible, lo mismo que nos ha pasado a nosotros.

—Pero él lo sintió, mi querida Haito —dijo Harfex con rabia mal reprimida—. No enfáticamente, sino en su cerebro. La cosa llegó y le golpeó con un instrumento contundente. ¿No captó nada de ella?

—¿Qué es lo que debería haber visto, Harfex? —preguntó Tomiko, pero él no quiso entender su tono significativo; incluso había bloqueado esa comprensión—. Lo que se teme es ajeno. El asesino es un alienígena, un extraño, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí! El primer golpe ya le dejó fuera de combate —continuó Tomiko débilmente—, no pudo ver nada. Pero cuando volvió en sí, solo en el bosque, sintió un gran miedo. No su propio miedo, sino una sensación empática. Está seguro de eso. Y también está seguro de que no lo captó de nosotros. De forma que, evidentemente, las formas de vida nativas no son totalmente insensibles.

Harfex la miró un momento, ceñudo.

—Intentas asustarme, Haito. No comprendo tus motivos. —Se levantó y se alejó de la mesa del laboratorio, caminando lentamente, vacilante, como si tuviera ochenta años en vez de cuarenta.

Ella paseó su mirada, paseó su mirada por los demás. Sintió cierta desesperación. Su nueva, frágil y profunda interdependencia de Osden le proporcionaba, y estaba bien segura de ello, cierta fuerza. Pero si ni tan siquiera Harfex podía mantener la cabeza en su sitio, ¿cómo iban a hacerlo los demás? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, y los demás trabajaban o se ocupaban en algo. Había algo extraño en sus posiciones. Al principio la Coordinadora no supo decir qué era, pero luego vio que todos estaban sentados dando la cara al bosque. Mientras jugaba al ajedrez con Asnanifoil, Olleroo había corrido su silla de tal forma que estaba casi junto a él.

Se dirigió hacia Mannon, que se hallaba diseccionando algunas raíces marrones, y le dijo que estuviera atento a lo que veía. Él asintió y dijo con una brevedad inusitada:

—Mantengo vigilado al enemigo.

—¿Qué enemigo? ¿Qué es lo que sientes, Mannon? —Ella había tenido una súbita esperanza al recordar que él era psicólogo, y tal vez podría interpretar mejor aquel fondo oscuro de insinuaciones y empatías donde se perdían los biólogos.

—Siento una ansiedad violenta con una orientación espacial específica. Pero no soy un empático. Por ello, la ansiedad es explicable en términos de una particular situación de stress, como el ataque sufrido por uno de los miembros del equipo en el bosque, y también en términos de situación de stress total, que es mi presencia en un entorno totalmente ajeno, por lo cual las connotaciones arquetípicas de la palabra «bosque» proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde, Tomiko se despertó al oír gritar a Osden sumido en una pesadilla; Mannon le estaba tranquilizando, y ella se volvió a sumergir en sus propios sueños oscuros. Por la mañana Eskwana no se despertó. No pudo ser despertado con drogas

estimulantes. Se hundió cada vez más en su sueño, temblando suavemente de vez en cuando, hasta que quedó quieto, enroscado sobre sí mismo, con un dedo en los labios, ido.

—Dos días; dos noches. Diez indios pequeños, nueve indios pequeños... —Este era Porlock.

—Y tú eres el siguiente pequeño indio —le espeto Jenny Chong—. ¡Ve a analizar tu orina, Porlock!

—Nos está volviendo locos a todos —dijo Porlock, levantándose y agitando el brazo izquierdo—. ¿No lo notáis? ¡En nombre del cielo, estáis todos ciegos! ¿No notáis lo que está haciendo, las emanaciones? Todas proceden de él, de su habitación, de su mente. ¡Nos está haciendo enloquecer de miedo!

—¿De quién estás hablando? —preguntó Asnanifoil, abalanzándose sobre el pequeño terrícola.

—¿Es preciso que diga su nombre? Pues bien, es Osden. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué creéis que intenté matarle? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! Porque ninguno ve lo que nos está haciendo. Está sabotando la misión haciendo que discutamos, y ahora está haciéndonos enloquecer proyectando miedo sobre nosotros de forma que no podamos dormir ni pensar, como la carcasa de una radio que no hiciera sonido alguno, pero que emitiese todo el tiempo, y que no te dejara dormir, ni pensar. Haito y Harfex están ya casi bajo su control, pero el resto aún puede salvarse. ¡Y yo voy a hacerlo!

—Pues no lo estás haciendo muy bien —dijo Osden, a medio vestir, lleno de vendajes, en la puerta de su cubículo—. Yo mismo hubiera podido hacerme más daño. Por todos los demonios, Porlock, no es de mí de quien hay que tener miedo, sino de lo que hay ahí fuera, ¡ahí, en los bosques!

Porlock hizo un absurdo intento de atacar a Osden; Asnanifoil le hizo retroceder, sujetándole mientras Mannon le administraba un sedante. Se lo llevaron mientras gritaba algo acerca de radios gigantes. Al cabo de un minuto el sedante hizo su efecto y Porlock se sumó al pacífico silencio de Eskwana.

—Muy bien —dijo Harfex—. Ahora, por mis dioses, vas a decirnos lo que sabes, y todo lo que sabes.

—Yo no sé nada —dijo Osden.

Parecía a punto de desvanecerse. Tomiko le obligó a sentarse antes de que hablara.

—Después de estar tres días en el bosque pensé que estaba recibiendo ocasionalmente alguna especie de afecto sutil.

—¿Por qué no informaste de ello?

—Pensé que me estaba volviendo loco, como todos vosotros.

—También eso deberías haberlo informado.

—Me hubierais hecho regresar a la base y no podía arriesgarme a ello. Vosotros os habíais dado cuenta de que el hecho de que se me incluyera en esta misión había sido un error. No soy capaz de convivir con otras nueve personalidades neuróticas en un recinto tan pequeño y cerrado. Fue un error por mi parte el ofrecirme como voluntario a la Investigación Extrema, y la Autoridad cometió el error de aceptarme.

Ninguno dijo nada; pero Tomiko observó, esta vez con certeza, un titubeo en los hombros de Osden y que se atirantaban sus músculos faciales, como si registrara la amargura de que todos estuvieran de acuerdo con lo que estaba diciendo.

—Además, yo no quería regresar a la base porque sentía una gran curiosidad; aunque me hubiera vuelto psicótico, ¿cómo podía captar afectos empáticos donde no había ser alguno que los emitiera? Entonces no eran malos. Eran muy vagos. Sutiles. Como un trazo en una habitación cerrada, un aleteo visto de reojo. En realidad, nada.

Durante un momento cobró ánimos al notar cómo le escuchaban. Ellos escuchaban, de modo que él hablaba. Estaba totalmente en sus manos. Si les desagradaba, se haría odioso; si se burlaban de él, se convertiría en algo grotesco; si le escuchaban, contaría historias. Obedecía las exigencias de sus emociones, reacciones, estados de ánimo. Eran siete, demasiados para vencerlos, de modo que estaría constantemente a su capricho. No podía encontrar coherencia. Incluso cuando su relato les atraía más, fallaba la atención de alguno de ellos; tal vez Olleroo estaba pensando que no era atractivo; Harfex estaría buscando el significado ulterior de sus palabras; la mente de Asnanifoil, que no lograba sentirse atraída durante largo tiempo por lo concreto, estaría escapando hacia la eterna paz de los números; y Tomiko estaría distraída por la piedad, por el miedo. La voz de Osden se quebró. Perdió su tono de amenaza.

—Yo... yo pensé que serían los árboles —dijo, y luego se detuvo.

—No son los árboles —dijo Harfex—. No tienen un sistema nervioso superior al de las plantas hainishianas descendientes de las de la Tierra. Ninguno.

—Los árboles no te han dejado ver el bosque, como dicen en la Tierra —señaló Mannon, sonriendo traviesamente. Harfex le miró—. Qué me dices acerca de esos nudos de las raíces que nos han sumido durante veinte días en la perplejidad..., ¿eh?

—¿Qué sucede con ellos?

—Son indudablemente conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿Correcto? Ahora bien, supongamos, lo cual es realmente improbable, que no sabes nada acerca de la estructura del cerebro animal. Y que te dan una célula para examinarlo. ¿Serías capaz de descubrir lo que era? ¿Podrías saber que la célula es capaz de sentir?

—No, porque no es cierto. Una sola célula es capaz de respuesta mecánica a los estímulos. Nada más. ¿Estás tratando de establecer la hipótesis de que esos individuos arboriformes son las «células» de una especie de cerebro, Mannon?

—No exactamente. No hago más que subrayar que están todos intercomunicados, tanto por esos nudos de las raíces como por los verdes epifitos que tienen en las ramas. Una unión de una complejidad y una extensión física increíbles. Porque incluso la hierba tiene esas conexiones en las raíces, ¿no es cierto? Sé que la sensación o la inteligencia no son una cosa; no se las puede separar o analizar fuera de las células del cerebro. Es una función de las células conectadas. En cierto sentido, es la conexión: la cualidad de conectarse. No existe. No estoy intentando decir que exista. Pero me pregunto si Osden podría ser capaz de describirlo.

Entonces Osden se levantó y comenzó a hablar como si estuviera en trance:

—Sensación sin sentidos. Ciega, sin nervios, sin movimiento. Una cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua y a los elementos químicos que se encuentran en la tierra en torno a las raíces. No es comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Consciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

—Entonces, ¿por qué captaste miedo? —preguntó Tomiko en voz baja.

—No lo sé. No puedo ver cómo surge la consciencia de los objetos en los demás: una respuesta imperceptible... Pero durante días hubo una especie de desasosiego. Y luego, cuando caí entre los dos árboles y mi sangre llegó a las raíces... —El rostro de Osden se cubrió de sudor—. Recibí el miedo, sólo miedo.

—Si tal función existiera —dijo Harfex— no sería capaz de concebir una entidad material, ni de responder a ella. No podría ser consciente de nosotros, como nosotros no lo somos del infinito.

—El silencio de esas inmensas extensiones me aterroriza —murmuró Tomiko—. Pascal fue consciente del infinito, mediante el miedo.

—Puede que para el bosque —dijo Mannon— nosotros seamos fuego. Huracanes. Peligro. Para una planta, lo que se mueve rápidamente es peligroso. Los seres sin

raíces serían ajenos, terribles. Y si posee mente, parece bastante probable que fuera consciente de la presencia de Osden, cuya propia mente estaba abierta a la conexión con todos los demás en tanto que es consciente de ello, y que cayó de dolor y miedo en ello, realmente dentro de ello. No os extrañe que eso temiera...

—No —dijo Harfex—. ¡No hay ningún ser, ninguna criatura, nadie! Lo más que podía haber es una función...

—No había más que miedo —dijo Osden.

Permanecieron en silencio, y escucharon el silencio del exterior.

—¿Es eso lo que yo sentí todo el tiempo detrás de mí? —preguntó Jenny Chong.

Osden asintió.

—Todos lo sentisteis, pese a vuestra sordera. Eskwana ha quedado sin sentido porque posee cierta capacidad empática. Podría emitir si aprendiera a hacerlo, pero es demasiado débil. Nunca será nada más que un médium.

—Escucha, Osden —dijo Tomiko—, tú puedes emitir. Emítele, pues, al bosque, al miedo que hay allí fuera..., dile que no vamos a hacerle daño. Puesto que había, o hay, una especie de afecto que se traduce en lo que nosotros sentimos como emoción, ¿no puedes transmitírselo tú a tu vez a eso? Envía un mensaje. Dile que no hacemos daño, que somos amistosos.

—Deberías saber, Haito, que nadie puede emitir un mensaje empático falso. No puedes enviar algo que no existe.

—Pero nosotros no intentamos hacer ningún daño. Somos amistosos.

—¿Lo somos? ¿En el bosque, cuando me recogisteis, os sentíais amistosos?

—No. Aterrorizados. Pero eso es... eso, el bosque, las plantas, no mi propio miedo, ¿no?

—¿Y cuál es la diferencia? Fue todo lo que sentisteis. ¿Te das cuenta —dijo Osden, elevando la voz exasperado— de por qué yo os desagradó y vosotros me desagradáis a mí? ¿Os dais cuenta de que yo retransmito todos los afectos negativos o agresivos que sentís hacia mí desde que me visteis por primera vez? Yo os devuelvo vuestra hostilidad. Lo hago como forma de autodefensa. Como Porlock. Es autodefensa, aunque es la única técnica que he desarrollado para reemplazar mi defensa original de total separación de los demás. Desgraciadamente, ello crea un circuito cerrado, que se mantiene a sí mismo y se refuerza. Vuestra reacción inicial ante mí fue de antipatía

instintiva; ahora, claro está, se ha convertido en odio. ¿Podéis haceros cargo de mi punto de vista? La mente del bosque que hay fuera transmite solo terror, y el único mensaje que yo puedo enviarle es terror, ¡porque cuando quedo expuesto a él no puedo sentir otra cosa más que terror!

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —preguntó Tomiko.

Y Mannon le respondió apresuradamente:

—Cambiar el campamento a otro continente. Si allí también hay mentes-planta, tardarán en percatarse de nosotros, como ésta ha tardado; o tal vez no se dé cuenta de nuestra presencia en absoluto.

—Sería un alivio —observó Osden ahogadamente.

Los demás habían estado mirándole con una curiosidad nueva. Se había mostrado como era en realidad, y ellos le habían visto: un hombre indefenso cogido en una trampa. Tal vez, como Tomiko, se habían dado cuenta de que la propia trampa, su cruel egotismo, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y le habían encerrado dentro, y como un mono enjaulado, les lanzaba su basura por los barrotes. Si al conocerle le hubieran ofrecido confianza, si hubieran sido lo suficientemente fuertes como para ofrecerle amor, ¿qué es lo que hubiera aparecido ante ellos?

Pero ninguno lo había hecho, y ahora era ya demasiado tarde. Si le hubieran dado tiempo, Tomiko podría haber construido con él una lenta resonancia de sentimiento, una consonancia de confianza, una armonía; pero no había tiempo, tenían que hacer su trabajo. No había una habitación lo suficientemente grande para construir una cosa de tal magnitud, y ellos debían hacerlo con simpatía, con piedad, con un pequeño intercambio de amor. No había sucedido. Ella podía ver ahora cómo su rostro se iluminaba con su resentimiento feroz provocado por su curiosidad, tal vez incluso por la piedad que ella le demostraba.

—Vete a descansar. Esa herida está sangrando de nuevo —le dijo ella, y él obedeció.

Al día siguiente guardaron sus cosas, dispusieron el Gum para conducción mecánica y lo condujeron alrededor del Mundo 4470, sobre las tierras rojas y verdes, sobre los abundantes y verdes mares. Habían elegido casi al azar el continente G: toda una pradera, veinte mil kilómetros cuadrados de graminiformes movidas por el viento. En un radio de cientos de kilómetros no había ningún bosque, y no existían árboles o matorrales en la llanura. Las formaciones de plantas no se producían más que en extensas colonias de especies que nunca se entremezclaban, exceptuando algunas saprofitas y otras que se reproducían por esporas. Por la noche el equipo ya había establecido el nuevo campamento. Eskwana dormía aún y Porlock continuaba bajo los efectos de los sedantes, pero los demás estaban bien.

—¡Aquí se puede respirar!, —repetían una y otra vez.

Osdén se levantó y se dirigió tembloroso a la salida; allí se apoyó y quedó contemplando la oscura masa de hierba que no era hierba, a la débil luz del amanecer. Flotaba en el ambiente un ligero olor dulzón a polen; no había más sonido que el suave silbido del viento. Su vendada cabeza le dolía un poco. Finalmente todo quedó oscuro y las estrellas no fueron más que ventanas iluminadas en la distante casa del Hombre. El viento había cesado, no había sonido alguno. Entonces escuchó.

En la larga noche, Haito Tomiko escuchaba. Estaba tumbada, escuchando la sangre de sus arterias, la respiración de los que dormían, el sonido del viento, la oscura corriente de las venas, los sueños que avanzaban, la inmensa estática de las estrellas que aumentaba a medida que el universo moría lentamente, el sonido de la muerte al caminar. Saltó de la cama y huyó de la soledad de su cubículo. Eskwana dormía solo. Porlock soñaba en voz alta pronunciando palabras en su oscura lengua natal. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas con el rostro contraído. Poswet To estaba en el nicho de terapia. Asnanifoil dibujaba un mandala, la Tercera Forma de los Mejores. Mannon y Harfex estaban sentados junto a Osdén.

Le cambió a Osdén los vendajes de la cabeza. Su rojizo cabello, en aquellos lugares en que no había tenido que afeitarse, parecía extraño. Ahora tenía hebras blancas. Mientras le curaba sus manos temblaban. Nadie había dicho nada todavía.

—¿Cómo es que el miedo está también aquí? —preguntó ella, y su voz sonó falsa en el silencio aterrador de la noche vegetal.

—No son sólo los árboles; las hierbas también...

—Pero nos encontramos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, al otro lado del planeta.

—Es todo una sola cosa —dijo Osdén—. Un enorme pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en ir de un lado a otro del cerebro?

—Esto no piensa; no está pensando —dijo Harfex, desanimado—. Es simplemente una red de procesos. Las ramas, la vegetación epifítica, las raíces con esas uniones nodales entre los individuos: todos ellos deben de ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. No hay plantas individuales, pues, propiamente hablando. Incluso el polen forma parte de la unión, no cabe duda; una especie de sensación transportada por el viento. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta constituya una red de comunicaciones, sensitiva, irracional, inmortal, aislada...

—Aislada —dijo Osdén—. ¡Eso es! Ese es el miedo. No se trata de que nosotros seamos

seres con movimiento, o destructores, sino que, sencillamente, somos. Somos otros. Y aquí nunca ha habido nadie.

—Tienes razón —dijo Mannon, casi en un susurro—. No ha tenido observadores. Ni enemigos. Ni más relaciones que consigo mismo. Solo para siempre.

—Entonces, ¿cuál es su función en la supervivencia de las especies?

—Tal vez ninguna —contestó Osden—. ¿Por qué te vuelves teológico, Harfex? ¿No eres un hainishiano? ¿Acaso no es la complejidad la medida del gozo eterno?

Harfex no captó la indirecta. Parecía enfermo.

—Tenemos que abandonar este mundo —dijo.

—Ahora sabréis por qué yo siempre deseaba apartarme de vosotros —dijo Osden con una especie de genialidad morbosa—. No es agradable, es... ¿el miedo de los otros...? Si hubiera una inteligencia animal... Puedo comunicarme con los animales. Lo he hecho con cobras y tigres; su inteligencia superior es una ventaja. Debí haber sido seleccionado para un zoo, no para formar parte de un equipo humano. ¡Si pudiera conectar con esas malditas y estúpidas patatas! Si no fuera todo tan aplastante... Captaría algo más que el miedo, ¿sabéis? Antes de que el pánico me invadiera sentí... una gran serenidad. Entonces no me di cuenta de toda su magnitud. Captar toda la luz del día y toda la noche. Todos los vientos y los períodos de calma. Las estrellas de invierno y las de verano al mismo tiempo. Tener raíces y no enemigos. Ser una totalidad. ¿No comprendéis? Nada de invasiones. Nada de otros. Ser un todo...

Tomiko pensó que antes nunca había hablado.

—Estás indefenso contra eso, Osden —dijo ella—. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a ello. Puede que nosotros no nos volvamos locos, pero tú sí, si no nos vamos de aquí.

Él vaciló, luego miró a Tomiko; era la primera vez que la miraba a los ojos con una mirada prolongada, clara como el agua.

—¿Es que la salud mental me ha hecho algún bien alguna vez? —dijo él en tono de burla—. Pero tienes algo de razón, Haito.

—Deberíamos irnos —murmuró Harfex.

—Si me adentro en ello —musitó Osden—, ¿podría comunicarme?

—Por «adentrarte» —dijo Mannon con una voz rápida y nerviosa— supongo que

quieres decir dejar de reenviar la información empática que recibes de la entidad-planeta: dejar de rechazar el miedo y absorberlo. Lo cual te mataría en un momento o te conduciría de nuevo a un aislamiento psicológico total, al autismo.

—¿Y qué? —dijo Osden—. Su mensaje es rechazo. Pero mi salvación es rechazo. Eso no es inteligente, pero yo sí.

—Eso es erróneo. ¿Qué puede un solo cerebro humano contra algo tan extenso?

—Un único cerebro humano puede percibir un modelo a escala de estrellas y galaxias —dijo Tomiko—, y lo interpreta como Amor.

Mannon les miraba alternativamente a uno y a otra; Harfex permanecía en silencio.

—Sería mejor en el bosque —dijo Osden—. ¿Quién de vosotros quiere llevarme allí?

—¿Cuándo?

—Ahora. Antes de que os vengáis abajo u os volváis violentos.

—Lo haré yo —dijo Tomiko.

—Ninguno de nosotros lo hará —dijo Harfex.

—Yo no puedo —dijo Mannon—. Estoy... estoy demasiado asustado. Estrellaría el aparato.

—Me llevaré a Eskwana. Si puedo llevar esto adelante, él me servirá de médium.

—¿Aceptas el plan de Sensor, Coordinador? —preguntó Harfex.

—Sí.

—Yo lo desapruebo. Sin embargo, iré contigo.

—Creo que nos vemos impulsados a ello, Harfex —dijo Tomiko, mirando a Osden a la cara, la fea máscara blanca transfigurada, anhelante como la cara de un amante.

Olleroo y Jenny Chong estaban jugando a las cartas para apartar sus pensamientos de sus camas encantadas, de su miedo en aumento, charlando como niños asustados.

—Esa cosa está en el bosque, va a venir a llevarte...

—¿Asustadas de la oscuridad? —se burló Osden.

—Pero mira a Eskwana, y a Porlock, e incluso a Asnanifoil...

—No puede haceros daño. Es un impulso que pasa a través de las sinapsis, el viento que pasa a través de las ramas. No es más que una pesadilla.

Despegaron en un helijet. Eskwana iba, todavía dormido, en el departamento posterior. Tomiko pilotaba. Harfex y Osden miraban en silencio la oscura línea del bosque al fondo de la llanura.

Se acercaron a la línea oscura, la cruzaron; ahora la oscuridad estaba bajo ellos.

Ella buscó un lugar donde aterrizar, mientras volaba bajo, luchando contra su imperioso impulso de volar muy alto, de escapar. La profunda vitalidad del mundo-planta era mucho más fuerte allí, en el bosque, y su pánico les golpeaba en inmensas oleadas oscuras. Frente a ellos apareció un pálido sendero y una pequeña elevación desnuda que sobresalía por encima de la más alta de las oscuras sombras que la rodeaban; los no-árboles, las raíces; las partes del todo. Hizo un mal aterrizaje. Sus manos se apoyaban húmedas sobre los mandos, como si las hubiera introducido en un líquido frío.

En torno a ellos se elevaba ahora el bosque, negro en la oscuridad.

Tomiko se acurrucó y cerró los ojos. Eskwana se removió en su sueño. La respiración de Harfex se hizo rápida y profunda y permaneció sentado, rígido, incluso después de que Osden abriera la puerta.

Osden se levantó. Apenas se le veía la espalda y la vendada cabeza a la tenue luz del panel de mandos mientras se dirigía a la salida.

Tomiko estaba temblando. No podía levantar la cabeza.

—No, no, no, no, no, no, no —repetía en un susurro—. No. No. No.

Silenciosamente, Osden se movió, atravesó la puerta y se sumergió en la oscuridad. Se había ido.

«¡Estoy llegando!», dijo una gran voz sin sonido.

Tomiko lanzó un grito. Harfex tosió; parecía estar intentando levantarse, pero no lo hacía.

Tomiko se refugió en sí misma, en el centro de su ser; y fuera no había nada más que el miedo.

Cesó.

Levantó la cabeza; lentamente separó las manos. Se irguió. La noche era oscura y las estrellas brillaban sobre el bosque. No había nada más.

—Osden —dijo ella, pero nadie le respondió. Volvió a hablar, más alto, mucho más alto. No hubo respuesta.

Comenzó a darse cuenta de que a Harfex le pasaba algo. Intentó encontrar su cabeza en medio de la oscuridad, porque el hombre se había deslizado de su asiento, cuando de repente, en la quietud mortal, en el oscuro compartimiento posterior, una voz dijo: «Bueno.»

Era la voz de Eskwana. Ella encendió las luces interiores y vio que el Ingeniero yacía acurrucado y dormido, con la mano sobre la boca.

La boca se abrió y habló.

—Todo bien —dijo.

—Osden...

—Todo va bien —dijo la suave voz procedente de la boca de Eskwana.

—¿Dónde estás?

Silencio.

—Regresa.

Empezaba a soplar el viento.

—Voy a quedarme aquí —dijo la suave voz—. Tú no puedes quedarte...

Silencio.

—¡Te quedarás solo, Osden!

—Escucha —la voz se había hecho más ligera, como si se perdiera en el sonido del viento—. Escucha. Te aprecio.

Ella le llamó, pero no hubo respuesta. Eskwana seguía tumbado. Harfex también.

—¡Osden! —gritó ella, asomándose a la puerta, al oscuro silencio del bosque—. Volveré. Debo llevar a Harfex a la base. ¡Volveré, Osden!

Silencio y el agitar de las hojas por el viento.

Acabaron la investigación prescrita del Mundo 4470, los ocho; les llevó cuarenta y un días más. Al principio, Asnanifoil y una de las mujeres iban al bosque diariamente, en busca de Osden, pero Tomiko no estaba muy segura de cuál era exactamente la región en la que aterrizaron aquella noche de terror. Dejaron alimentos para Osden, comida suficiente para cincuenta años, ropa, tiendas, instrumentos. No buscaron más; no había modo de encontrar a un hombre solo, si éste deseaba esconderse, en aquellos innumerables laberintos y oscuros corredores vegetales. Podían haber pasado junto a él y no haberle visto.

Pero sabían que estaba allí, porque ya no existía el miedo.

Racional, y valorando la razón mucho más después de aquella intolerable experiencia, Tomiko intentaba comprender racionalmente lo que Osden había hecho. Pero las palabras escapaban a su control. Él había metido el miedo dentro de sí, y al aceptarlo lo había trascendido. Había entregado su yo a lo ajeno, en donde no cabía el mal. Él había aprendido a amar al Otro, y por eso había entregado todo su yo. Pero ése no era el vocabulario de la razón.

Las personas del equipo de investigación caminaban bajo los árboles, a través de las extensas colonias de vida, rodeados por un silencio aterrador, una calma total que era semiconsciente de su presencia y totalmente indiferente a ella. Allí no había horas. La distancia no importaba. Había mundo suficiente, y tiempo... El planeta giraba entre la luz del sol y la gran oscuridad; vientos de invierno y de verano soplaron, llevando el pálido polen sobre los océanos tranquilos.

La Gum volvió después de muchas investigaciones, años y años luz, a lo que hacía algunos siglos había sido Smeming Port, en Pesm. Aún había hombres allí para recibir (incrédulos) los informes del equipo y registrar sus pérdidas: la del Biólogo Harfex, muerto de miedo, y la del Sensor Osden, que se había quedado como colono.